

Guerra de Palestina 1948-1949: una contienda fundacional en el contexto del conflicto de la segunda post-guerra

Patricia KREIBOHM DE SCHIAVONE

Introducción

El conflicto árabe-israelí en el Cercano Oriente, configura uno de los problemas más inquietantes y polémicos de nuestro tiempo y constituye asimismo, un paradigma de confrontación propio de la segunda post-guerra que posee una definida proyección internacional.

Sus orígenes son remotos y en él se articulan de manera simultánea, problemas territoriales, fricciones religiosas y culturales y cuestiones económicas y geopolíticas. A partir de 1945, las diferencias entre árabes y judíos se profundizaron y se complicaron con los intereses de terceras potencias y el surgimiento de rivalidades y tensiones propias de un sistema bipolar.(1)

La declaración de la independencia israelí y la guerra que se desencadenó entonces, constituyen factores esenciales del proceso. Es por ello que resulta fundamental analizarlos adecuadamente a fin de interpretar, no solamente el proceso histórico, sino también la coyuntura presente en la cual el conflicto no ha podido ser superado. En este sentido creemos que es importante reflexionar sobre la guerra de Palestina como parte integrante de un conflicto de baja intensidad.

En este trabajo nos proponemos analizar la guerra del 1948 desde una perspectiva específica: como respuesta unívoca al problema de la supervivencia colectiva; como factor de aglutinamiento político, social y psicológico y finalmente, como instrumento de afirmación identitario que posibilitó la concreción del “sueño judío”.

En este sentido, creemos que esta guerra tuvo un alto valor pragmático y simbólico para el pueblo judío pues colaboró eficientemente en la instauración del Estado, legitimó la creación y el desarrollo del ejército y marcó una impronta en la mentalidad colectiva. Esto la convierte

en una contienda “fundacional” que posibilitó a la comunidad el logro de objetivos comunes, largamente anhelados, y le aseguró su existencia y su continuidad histórica misma.

Los hechos

El 29 de Noviembre de 1947 la ONU dio por concluido el Mandato Británico sobre Palestina y estableció un plan de partición del territorio que creaba dos Estados independientes: uno judío y otro árabe, ligados por una unión económica. Este plan fue aceptado por la población judía y rechazado por los árabes. Se iniciaba entonces un conflicto que persiste y cuyas líneas de análisis son, indudablemente, complejas.

Pero esta cuestión se inicia mucho antes de 1947. Se trata de un prolongado proceso cuyos orígenes pueden remontarse al siglo I de nuestra era y en el cual se coligaron una serie de factores que dieron por resultado la instalación de un problema histórico sumamente específico y que persiste. Los autores que analizan el tema, parten de la época de la diáspora y explican el desarraigo del pueblo judío como base causal de esta problemática: la nación itinerante, la pérdida del territorio, los esfuerzos por mantener la identidad. Mucho más tarde, en el siglo XIX, la creación del Movimiento Sionista Internacional habría de vivificar el impulso político e ideológico de la instauración del Estado. Las sucesivas corrientes de inmigrantes llegadas a Palestina, iniciarían la materialización del “sueño judío” a pesar de la oposición de británicos, árabes y otros grupos nacionales. Sin embargo, tal vez haya sido la Segunda Guerra Mundial y su nefasto saldo humano, el catalizador del éxito para los objetivos sionistas. Los autores coinciden en señalar la importancia del hecho material y psicológico del Holocausto en la creación del Estado de Israel. Particularmente, Paul Johnson ha analizado detenidamente esta cuestión y sostiene que, indudablemente el Holocausto y la Nueva Sión estuvieron orgánicamente relacionados; las matanzas de los campos de concentración fue el elemento central en la creación del Estado, apoyado sin duda por “una antigua y poderosa fuerza motriz” en la Historia judía: la redención por el sacrificio. El Holocausto, en términos religiosos y metafísicos, podría ser tomado como un castigo divino cuya purificación dio origen a una nueva existencia colectiva.(2)

Ya durante la Segunda Guerra los dirigentes sionistas, en particular Jaim Weizmann, solicitaron la creación de un Estado judío en Palestina. En una reunión celebrada en New York, se adoptaron resoluciones que serían la base de la actividad política del movimiento sionista: inmigración masiva a Israel, construcción de ciudades e infraestructura, desarrollo

sostenido de la colonización de las áreas despobladas. Es lo que Ben Gurión ratificó con su demanda de “ejecución inmediata”.(3)

Superado el Holocausto, la postura sionista se reforzó: era vital crear un “Hogar Nacional Judío” para los sobrevivientes del horror y para todos los judíos del mundo.

“... miles habían sobrevivido a pesar de todo pero habían perdido su país, sus propiedades y su ciudadanía. Todos aquellos seres humanos necesitaban urgentemente una tierra de asilo que fuera, su propia tierra... nuestra independencia no podía soportar ya ningún retraso”.(4)

Simultáneamente, la finalización de la Segunda Guerra Mundial debilitó el poder colonial británico; en septiembre del 47 las autoridades informaron a la ONU su decisión de abandonar el Mandato.

Finalmente, el problema de las relaciones entre árabes y judíos se había complicado seriamente durante el siglo XX. Desde 1936, este enfrentamiento se convirtió en el más grave de la región. En 1939, los factores de fricción estaban totalmente activados(5). Para los árabes la llegada masiva de inmigrantes judíos era percibida como una invasión y una usurpación. A ello se sumaba un resentimiento creciente motivado por las notables diferencias en el plano económico y tecnológico, el desagrado por el apoyo del judaísmo internacional al proyecto sionista y las propias desinteligencias de los países árabes para enfrentar la cuestión. Simultáneamente, las tensiones entre los judíos y los británicos se hacían insostenibles: las desconfianzas mutuas y los rencores, derivaron más tarde en enfrentamientos violentos que configuraron, según Malamat, una auténtica “guerra” entre el “yisub” y las autoridades inglesas.

Los atentados terroristas llevados a cabo por grupos militares clandestinos judíos se sucedieron casi ininterrumpidamente; en 1946 la tremenda explosión en el Hotel King David de Jerusalén se convirtió en un símbolo del frenesí. Las represalias británicas fueron duras, incluso contra los inmigrantes recién llegados (el caso del Exodus)(6). En definitiva, un panorama altamente conflictivo en el cual las opciones de entendimiento parecían reducirse cada vez más.

Cuando en noviembre del 47 la ONU dio a conocer su plan de partición, los enfrentamientos se agudizaron: a la implementación de la violencia por parte de los judíos se sumó el terrorismo árabe y esta situación se mantuvo hasta Mayo del 48 fecha en que la declaración de Ben Gurión precipitó una guerra interestatal protagonizada por cinco países árabes contra el Estado de Israel. La contienda finalizó en enero del 49 con el triunfo judío, sellando de este modo el establecimiento del Estado y originando una segunda etapa del conflicto. Tres

guerras posteriores y un proceso -interrumpido- de paz es el saldo de esta etapa histórica hasta la actualidad.

II. Haganá y el origen de las Fuerzas de defensa de Israel

Las Fuerzas de Defensa de Israel conforman hoy, uno de los cuerpos armados más modernos y eficaces del planeta. Su profesionalismo y capacidad de combate es uno de los elementos que distinguen profundamente a Israel del resto de los Estados de la región pues marca una distancia de poder militar sumamente significativo entre árabes y judíos. Estas fuerzas fueron, en gran medida, las artífices del triunfo en 1948 y creemos que es importante analizar su desarrollo dentro del proceso histórico en el que se sitúa nuestro trabajo.

Durante la tercera alíá (1919) la constante afluencia de nuevos pobladores y la experiencia de ataques árabes sobre granjas y aldeas, condujo a los judíos a aumentar y consolidar sus fuerzas.

“Era vital que todos los colonos tomaran parte activa en la protección de la nueva patria como respuesta a una realidad de hecho, pero también como factor de unión y de identificación común”.(7)

Así nació la Haganá que surgió en la clandestinidad y se autoadjudicó el rol de fuerza de protección armada para la población y la tierra ocupada. Este cuerpo sería el núcleo básico sobre el que, más tarde, se formarían las Fuerzas de Defensa de Israel.

Rápidamente, aumentó sus efectivos, creó brigadas de control territorial, incrementó sus entrenamientos, adquirió armamentos por vía ilegal y,

“dejó de ser una agrupación de jóvenes soñadores para convertirse en una verdadera fuerza armada, disciplinada y lista para el combate”.(8)

Desde su inicio fue perseguida por las fuerzas británicas, las cuales no estaban dispuestas a permitir un desarrollo del poder militar judío. Sin embargo su crecimiento fue paulatino pero sostenido. En 1938 Orde Wingate creó las “escuadras nocturnas” destinadas a contraatacar las agresiones y castigar toda incursión dentro del territorio judío. Al año siguiente, la Haganá logró poner en pie de guerra un pequeño ejército clandestino (tres mil hombres) dotado de un Estado Mayor y comandantes en servicio activo. En 1941, y ya con el consentimiento británico, se crearon las unidades de comando del Palmaj, fuerza de choque para misiones especiales.

Tanto la Haganá como el Palmaj desempeñaron un rol fundamental en la protección del desembarco de los inmigrantes ilegales: explosiones, sabotajes y emboscadas contra las

autoridades inglesas caracterizaron esta etapa del conflicto. En 1944, y por iniciativa del movimiento sionista y del yisub, se creó una brigada judía para combatir en la II G.M. Este hecho habría de tener mucha importancia en los sucesos posteriores, por un lado debido a que la contribución de guerra contra el nazismo podría redundar en réditos políticos nacionales, y por otro, porque consolidó la fuerza militar israelí para el futuro.(9)

A Partir de 1945 la tensión local aumentó y las organizaciones militares clandestinas desplegaron una novedosa metodología contra las autoridades británicas: el empleo sistemático del terror para quebrantar la voluntad de las autoridades. Uno de sus líderes, Menahem Beguin era comandante del Irgún,(10) e inició una serie de asesinatos individuales; consideraba vital despertar en la población un fuerte sentimiento antibritánico. En este aspecto difería con la visión de Ben Gurión respecto de los ingleses; mientras Ben Gurión era un escéptico moderado que establecía una gran diferencia entre la resistencia y el terrorismo, Beguin consideraba (al igual que Stern) que ésta era la única vía eficiente para solucionar el problema. Las fricciones internas se hicieron sentir. Las campañas terroristas antibritánicas se incrementaron, la represalia británica se endureció y los roces entre los dirigentes judíos subieron de tono.(11)

Poco después del abandono del Mandato Británico, Ben Gurión ordenó a la Haganá - Abril del 48 - que pasara a la ofensiva para unir las distintas áreas judías y consolidar, todo lo posible, el territorio asignado a Israel por el plan de la ONU. La Haganá ocupó Haifa, Tiberíades y parte de Galilea, tomó Safed, Jaffa y Acre. Abrió el camino a Jerusalem (operación Najson) y estimuló la huída masiva de árabes. En una palabra, afirmó el núcleo israelí y, según Paul Johnson “de hecho ganó la guerra antes de que comenzara”.(12)

“¿Vemos alguna real posibilidad de resistir una invasión? Respondo que, si podemos aumentar el número de nuestros hombres movilizados, con nuevos reclutamientos en Palestina y la inmigración que llega del exterior, si intensificamos el entrenamiento y adquirimos equipos, entonces sí podremos resistir y obtener la victoria.”(13)

El 31 de Mayo, Ben Gurión creó el ejército dándole una denominación fuertemente significativa: Fuerzas de Defensa de Israel. Se originó a partir de la Haganá e incorporó un gran número de efectivos nuevos. Eran 30 mil hombres, aunque al finalizar la guerra, en enero del 49, tenía más de 100 mil.

También durante la guerra se crearon la Fuerza Aérea y la Armada y a pesar de la disolución de grupos clandestinos (como el Irgún y el Lejí), de la creación de nuevos

organismos y de la incorporación masiva de inmigrantes a las fuerzas de combate, la eficiencia y el nivel de profesionalismo no se desvirtuó jamás.

III. La “Guerra de la Independencia” como parte de un conflicto de baja intensidad no superado

La guerra de Palestina no fue un hecho aislado. Como ya explicamos, esta contienda se enmarcó dentro de un conflicto mucho más amplio. Como sostiene Nicolás Gibelli, después del 45 la lucha entre judíos y británicos y entre judíos y árabes adquirió hora a hora, el carácter de una guerra real.(14)

Si tomamos en consideración las nuevas categorías de análisis de la guerra a partir de 1945, es posible afirmar que el enfrentamiento árabe-israelí puede enmarcarse dentro de la tipología del Conflicto de Baja Intensidad. Sus caracteres sobresalientes lo identifican como un enfrentamiento crónico, normalmente prolongado, con un alto nivel de violencia, - la cual es oscilante y anómala - que involucra directamente a la población civil. Se da normalmente en regiones del tercer mundo (con importantes asimetrías económico-sociales), es prolongado y posee importantísimas connotaciones psicológicas, emotivas y simbólicas.(15)

La ocupación del territorio palestino por parte de los judíos se sistematizó con la primera y la segunda aliá. La creación de los kibutz, el surgimiento de las ciudades y el desarrollo agro-industrial fueron el resultado lógico de los asentamientos. Paralelamente, el surgimiento y consolidación de la Haganá y otros grupos militares clandestinos, proporcionaron a los judíos un poder militar incipiente pero sumamente efectivo. Nicolás Gibelli sostiene que, en realidad, los kibutz fueron la semilla del futuro ejército israelí. Esto estimuló la lenta pero segura militarización de la zona, la cual se vio reforzada por varios factores: la adquisición por parte de los judíos, de gran cantidad de armamento clandestino; la formación y consolidación de nuevos grupos; el incremento de la actividad terrorista en la región, la retirada inglesa y la reorganización del movimiento nacional palestino en el marco de la Liga Árabe (fines del 47).(16)

En estas condiciones la declaración del establecimiento del Estado de Israel originó la reacción masiva de los países vecinos y, pocas horas más tarde, se iniciaba una guerra entre Estados cuyo resultado habría de modificar la historia de la región y del mundo.

“Ben Gurión anunció el renacimiento de la libertad judía en su antigua tierra, proclamando el re-establecimiento del Estado de Israel... En una atmósfera de honda emoción, Ben Gurión leyó, a continuación, la Declaración de Independencia Israelí... Pocas horas más tarde, el nuevo Estado

fue atacado. Desde el Norte, el Este y el Sur, avanzaron los ejércitos expedicionarios del Líbano, Siria, Iraq, Transjordania y Egipto que cruzaron las fronteras e invadieron Israel”.(17)

Debido al planteo de este trabajo no realizaremos un análisis fáctico de la guerra; nuestro interés radica en considerar la envergadura, los caracteres y la significación de la contienda, elementos que nos permitirán, a continuación, centrarnos en un enfoque particular de la misma.

La situación político-militar de Israel cuando se inició la guerra era deficiente y vulnerable; según Nicolás Gibelli, la situación de las fuerzas de combate era casi trágica.(18) A las carencias económicas y de infraestructura, se sumaron la falta de un ejército regular, de armamento pesado, de aviones y barcos, de comunicaciones eficientes y de cantidad de efectivos. Los problemas logísticos fueron serios debido a la compleja distribución territorial; el Néguev y Jerusalén (ambos eran objetivos claves para Israel) constituyeron problemas graves. Finalmente, la guerra se abrió en varios frentes lo que dificultó los combates y agotó a las fuerzas del naciente Estado. Según Moshe Dayan, solo contaban con bombas molotov, algunas bazookas antitanques y “una gran dosis de espíritu y dedicación”.(19)

En su autobiografía, Dayan se refiere explícitamente a la falta de experiencia de las tropas en combate abierto; las peores dificultades radicaban en que los efectivos de la Haganá no se habían formado en la guerra de posiciones, de grandes unidades y de amplios desplazamientos. El desempeño de las tropas y de lo que se avecinaba “**era una gran incógnita**”.(20)

En cuanto a la situación del nuevo Estado, también era un caos: sin servicios esenciales, con severos problemas de abastecimiento alimentario y energético, Israel estaba dislocado, desconectado de las distintas regiones y totalmente vulnerable para un ataque masivo.

Sin embargo, los judíos tenían a su favor algunos elementos que fueron fundamentales: sus tropas estaban mejor entrenadas y organizadas; la planificación táctica de la guerra fue más moderna y eficiente (sistema de brigadas móviles) y contaban con un factor vital: la unidad de comando.(21)

Para los árabes esta guerra también era relevante: significaba la posibilidad de expulsar definitivamente a los judíos y de solucionar el problema palestino. Según Martínez Carreras, visualizaron al enfrentamiento como una guerra santa pero no estuvieron lo suficientemente capacitados y convencidos para alcanzar el triunfo; o al menos no tanto como lo estaban los israelíes.

La guerra se desarrolló entre mayo del 48, finalizó en enero del 49 y tuvo varias treguas que beneficiaron especialmente a los judíos dándoles tiempo para que llegaran armas del exterior y nuevos efectivos.

“La pelea se ha establecido por la fuerza. La cuestión política es militar ahora. Estamos en una tregua pero desgraciadamente la lucha se restablecerá... y será una lucha de vida o muerte para nosotros... Estaremos peleando por nuestras vidas. Es por ello que, ante cualquier circunstancia las consideraciones militares serán las dominantes...La tregua tendrá valor para nosotros si dura dos meses, esto nos permitiría tener una estructura más organizada, al igual que un ejército bien entrenado y disciplinado... El Néguev es muy importante para nosotros, es importante para el sionismo porque está vacío, despoblado y desolado. Además, es la mitad de la tierra de Israel...Podremos crear allí un área judía densamente poblada, quizás con espacio para millones de personas...El tema central de la discusión militar es Jerusalén. En mi opinión, su destino determinará el futuro de la tierra de Israel como un todo. Es importante por su historia y por su posición estratégica... La guerra es la guerra; pero todo lo que pase después de la guerra dependerá de los resultados de la guerra misma... Solo hay algo fundamental que los árabes y los Bernadotte deben entender: hay dos cosas que no son negociables, nunca aboliremos el Estado y no restringiremos su independencia”.(22)

Una de las principales preocupaciones de los dirigentes judíos en el 48 fue la de crear un ejército nacional con una estructura de cuadros profesionalizados y un importante número de ciudadanos reclutados para el servicio militar. Esta estructura y su sistema de reserva, puso de relieve el carácter popular de una fuerza armada que no estaba separada del pueblo.(23)

En enero del 49 se iniciaron las conversaciones de paz. El Estado israelí triunfó en el conflicto y retuvo el 80 % del territorio palestino, lo cual fue convalidado por el Consejo de Seguridad de la ONU. Esta victoria fue un éxito militar pero sobre todo, fue el acto por el cual se consolidó la existencia del Estado y, en ese sentido, respondió al esquema de la guerra convencional interestatal en la cual, los logros militares no son más que instrumentos de objetivos políticos.

En cuanto a las consecuencias de la guerra con prolongación en el tiempo, se puede afirmar que una de las más significativas fue la iniciación del denominado conflicto palestino-israelí - en el cual la problemática de los refugiados y de las fronteras son sobresalientes - y que no ha podido ser solucionado hasta la actualidad.

La primera consecuencia inmediata de la guerra, fue sin duda la consolidación del Estado bajo parámetros de máxima seguridad, lo que determinaría, en el futuro, la toma de decisiones y el manejo de sus relaciones exteriores.(24)

La segunda consecuencia inmediata fue la implementación de un ejército en constante estado de alerta. La ley del Parlamento en agosto del 49, creó un Estado Mayor General como organismo supremo de las fuerzas armadas. También implementó un amplio proyecto para el servicio militar obligatorio (ambos sexos) y la reserva de combatientes. Se organizaron planes de entrenamiento sistemático y continuo de personal y se elevó el nivel de profesionalismo y armamento (cuerpos blindados, artillería, telecomunicaciones, ingenieros, paracaidistas, logística y sanidad). En otras palabras, tanto el ejército como la fuerza aérea y la marina alcanzaron en tiempo récord el nivel de eficiencia y profesionalismo de cualquier estructura militar europea moderna.

“Principalmente se inculcó en todos sus cuadros el espíritu combativo centrado en la idea del contraataque como reacción a las agresiones árabes... Esta guerra había demostrado a los dirigentes israelíes la necesidad de contar con un sistema de defensa sólido y sin resquebrajaduras. Militarmente Israel debía prepararse para el futuro. Seguramente esta guerra no sería la única...El tiempo demostraría que a los ciudadanos del nuevo país cuán real era esta necesidad”.(25)

Desde 1947 el Cercano Oriente se ha ido configurando como uno de los centros neurálgicos de las relaciones internacionales y como uno de los puntos de mayor conflictividad a escala mundial. La situación de la región posee una gravedad específica: devastada por la guerra, el retraso económico y la intolerancia, constituye un paradigma contemporáneo del Conflicto de Baja Intensidad que no ha sido superado hasta el momento.(26)

IV. La Guerra de Palestina desde una triple perspectiva

En este punto del trabajo parece útil analizar la guerra a partir de ciertas perspectivas específicas que nos permitan interpretarla históricamente y, al mismo tiempo, profundizar y ampliar su significado intrínseco a fin de establecer conexiones con la realidad histórica y actual del “ethos” israelí.

IV. 1. La guerra como instrumento de supervivencia

“La nación israelí se había forjado al calor de una sangrienta guerra y la victoria fue el resultado del autosacrificio y de la determinación de un pueblo de luchar por su existencia”.(27)

Indudablemente la guerra fue percibida como un instrumento de supervivencia tanto individual como colectiva. La tensión y los enfrentamientos del período anterior a la guerra condujeron al proceso histórico por un itinerario de violencia que llegó a un punto límite: la creación del Estado no sería aceptada por los países árabes. Solo una guerra definiría la situación y los judíos estaban dispuestos a apostar en ello todos sus recursos. Si la guerra se perdía, se perdía el proyecto político, el sueño judío, la iniciativa sionista y la posibilidad de recuperar la tierra, los bienes y la identidad colectiva. Esto era obvio para cualquier ciudadano y tal vez por ello es que la guerra, si bien costó un gran sacrificio, no fue incorporada en el imaginario colectivo como una catástrofe comunitaria; por el contrario significó la oportunidad de poner a prueba los ánimos y la determinación de toda una comunidad. Una voluntad política y social respaldaba la empresa, el tercer pilar del esquema clausewitziano funcionaba adecuadamente.(28)

Según Clausewitz, la guerra implica el enfrentamiento de dos fuerzas vivas y por lo tanto no existen leyes físicas que rijan sus resultados; en otras palabras, la superioridad material o numérica del enemigo no significa, necesariamente, su triunfo. Por el contrario y siguiendo el análisis de Raúl Sohr, los factores no materiales de la guerra (motivaciones, determinación, convencimiento, voluntad de lucha) son muchas veces más determinantes en un conflicto y no su poder de fuego, la potencia de su armamento o el número de combatientes. Este es el caso de Israel: con una marcada asimetría material durante la guerra, alcanzó la victoria, y creemos que este logro se debió a que la contienda fue percibida colectivamente como el único medio de supervivencia efectivo.(29)

“Para el pueblo judío la defensa de la independencia nacional era una cuestión de vida o muerte. Como sostuvo el coronel Metcalfe en marzo del 49, el soldado israelí...se hace cargo de que si pierde la guerra, perderá todo lo que le es preciado: su tierra, su libertad, sus bienes, su esfuerzo y su derecho a la independencia espiritual y material”.(30)

Y este es un punto de inflexión; a partir de este momento, la imagen que la nación se forjará de sí misma es la de una comunidad constituida ya en Estado que sigue luchando por sostener su existencia.

“Distintos factores políticos, psicológicos y militares construyeron un entramado que penetró en la mentalidad colectiva: los países árabes podían permitirse perder muchas guerras; Israel no podía permitirse perder una sola. Una victoria israelí no conquistaría la paz, pero una derrota hubiera significado la catástrofe.”(31)

La Nueva Sión se estructuró como un instrumento político y militar de la supervivencia judía. El “Hogar Nacional” fue la alternativa vital para las víctimas del Holocausto y para los judíos de todo el mundo. Era el “refugio soberano” de los judíos en peligro en todos los rincones del mundo y el Estado se creó a partir del concepto de supervivencia porque el pueblo había permanecido durante veinte siglos unido por la ley de la supervivencia colectiva.(32)

“La guerra duró casi un año, fue tremendamente dura y sangrienta y la enfrentamos sin ninguna preparación: sin infraestructura, sin ejército regular, en la miseria, de espaldas al Mediterráneo y bajo fuego. Nuestros pies se apoyaron en dos ejes: el Estado y las Fuerzas Armadas. Sin embargo nuestra fuerza interior realizó el milagro y tenemos derecho a estar orgullosos de ello”.(33)

IV. 2. La guerra como factor de aglutinamiento político, social y psicológico.

A partir de la necesidad de garantizar la supervivencia colectiva, la “guerra de la independencia” se convirtió en un factor de aglutinamiento político, social, militar y mental. Tanto la comunidad como sus líderes se unieron en un esfuerzo compartido que, prácticamente, no presentó fisuras significativas. Los roces y las tensiones que se habían operado entre los grupos militares clandestinos antes del estallido del conflicto (Irgún, Palmaj, Lejí, Haganá) tendieron a disiparse durante el desarrollo de las hostilidades. Si bien hubo discrepancias e incluso se registraron intentos de fragmentación interna, (enfrentamiento entre Menahen Beguin con Ben Gurión cuando éste canceló el Irgún en junio del 48) el poder central nunca perdió el control general ni se debilitó en la toma de decisiones, lo que garantizó la continuidad de la unidad de política y militar de comando.(34)

La autoridades políticas del nuevo Estado fijaron claramente las pautas estratégicas de la guerra y pusieron bajo su directa supervisión, no solo las operaciones militares y el control de los asuntos internos, sino que establecieron una eficaz política exterior que permitió la adquisición de armamento, la incorporación de más efectivos y el diseño de las futuras relaciones internacionales del Estado de Israel.

Por su parte, la población israelí, comprometida en el esfuerzo bélico de manera directa y contundente, estableció sus propias pautas de comportamiento necesarias para el triunfo. Ni las penurias económicas y psicológicas, ni el temor generalizado o las incertidumbres propias del momento, quebraron la voluntad de lucha o debilitaron la unión de la comunidad aún en los momentos clave. El objetivo de la incorporación del Néguev (lejano, desértico, casi

inaccesible) o de la recuperación de Jerusalén, nunca fueron puestos en tela de juicio o produjeron fisuras de relevancia.

La certeza de que la victoria traería el bienestar, el progreso y el crecimiento de la nación, estimularon la cohesión interna, tanto desde el punto de vista pragmático y racional, como desde la perspectiva emotiva y psicológica. Según Abraham Primor:

“...la guerra nos iba a garantizar la subsistencia del Estado, pelear juntos en ella fue una decisión del pueblo judío que optó por tomar en sus manos su propio destino. Sin unión no se lograría, todo dependía de nuestras fuerzas; no se podía ya esperar ningún milagro... Desde que yo tenía 12 años sabía que debíamos crear un Estado y luchar por nuestra independencia; como todos los niños de mi edad estaba politizado porque esta lucha era una meta política, pero también era nuestra pasión”.(35)

Dos elementos contribuyeron fuertemente a sellar la cohesión interna y a fortalecer a la nueva comunidad nacional: el ejército y la lengua hebrea. Es obvio que el ejército desempeñó un rol trascendente en este proceso, y no sólo por su accionar concreto - según Paul Johnson - sino porque se convirtió en el factor que transformó substancialmente la cosmovisión de los judíos. Actuó como el motor dinamizador de la política y la sociedad pues permitió que los inmigrantes y sus hijos alcanzaran cierta “igualdad emocional” en el seno de la comunidad.

La aceptación del hebreo fue un logro aún más extraordinario. Se convirtió en la lengua común, cargada de historia y simbolismo, que jugó un rol pragmático fundamental: el pueblo hablaba hebreo y se entendía en hebreo y esto borró las distancias lingüísticas entre los inmigrantes. Por su parte, el ejército hablaba el hebreo y, en alguna medida, funcionó eficazmente por que se comunicaba en hebreo.(36)

El aglutinamiento socio-político fue gradual y paulatino pero se efectivizó en gran medida, debido a la emergencia bélica. Este hecho profundizó la cohesión y amalgamó una estructura de mentalidad que permaneció fijada a través del tiempo.

IV. 3. La guerra como herramienta de afirmación identitaria: la concreción del “sueño judío”

La identidad judía se había mantenido a través del curso de siglos. Sus referentes históricos, religiosos y culturales habían sido conservados por el pueblo a pesar de la diáspora, de la pérdida del territorio, de las persecuciones y de la destrucción del Templo. Esta identidad, concebida como una estructura igual a sí misma, “propia” y distinta de otra,

“extraña o ajena”, según la definición de Ricardo Maliandi, poseía un nivel sincrónico y otro diacrónico.(37)

Desde lo sincrónico la identidad judía se reflejaba en la pertenencia al pueblo por la cual los miembros de la comunidad se reconocían entre sí y se sentían diferentes a los “otros”; justamente, para el caso judío, la afirmación identitaria (que se refuerza siempre por la comparación con lo diferente) se reforzó, en el nuevo Estado, frente a la identidad árabe. Sus resultados fueron el logro de una homogeneización social primaria y la cohesión interna.

En lo diacrónico, la identidad se apoyaba en la tradición, es decir en el conjunto de rasgos característicos que perduran a través del tiempo: cultura, religión, Historia, mitos, valores, etc. En este sentido, la identidad diacrónica se fija en la memoria colectiva que, en el caso judío, estaba fortalecida por los hechos de violencia acaecidos en el tiempo: los pogroms el y Holocausto.

La identidad colectiva judía entonces estaba suficientemente definida en los miembros de la comunidad que fueron instalándose en Palestina con las sucesivas olas inmigratorias. Lo propio se reactivaba en el encuentro y en la práctica de las relaciones comunicativas que favorecieron el autorreconocimiento.(38) Como ya sostuvimos, el uso del idioma hebreo fue un elemento importante en el proceso, al igual que el rol de defensa y seguridad asignado al ejército.

En cuanto a la tierra, creemos que es un factor relevante en el imaginario colectivo y en la autoafirmación identitaria. El espacio territorial en el que los judíos fundaron el nuevo Estado era un lugar excepcional: la Tierra Prometida dada al pueblo por Dios, la cual poseía un valor casi sagrado y trascendente de honda significación para la sensibilidad judía. En este aspecto es interesante observar que el sentimiento de propiedad hacia esta tierra experimentado por los judíos configuraba casi un valor identitario, la continuidad histórica del pueblo no podría realizarse en otro lugar.(39)

En este sentido, la tierra, la Historia, el sufrimiento común y la religión, configuraron una medulosa estructura identitaria que operó eficientemente en el logro de los objetivos políticos y militares. Fortaleció la unión, estimuló el esfuerzo y justificó los nuevos sufrimientos.

“Desde siempre el sionismo había invocado la Biblia para autofundamentarse y extraía de ella toda clase de imágenes que estimularan la respuesta colectiva a los llamamientos políticos, morales, retóricos o idealistas necesarios para la construcción del nuevo Estado. Especialmente Ben Gurión los utilizó siempre como guía estratégica militar y de organización cívica y política. El Templo y los argumentos relacionados con él, simbolizaban el pasado religioso el cual era una

fuerza viva y unificadora en la nueva comunidad israelí. Para muchos judíos de la época, la fundación del Estado en 1948 fue el equivalente a la reconstrucción del Templo en el siglo XX y este hecho por sí solo justificaba todo o acontecido en los diez y nueve siglos anteriores”.(40)

Hacia el final de la guerra la identidad comunitaria se redefinió: ya no serían solamente judíos los miembros del Estado, sino israelíes. Esa identificación se generó a partir de la guerra, de los logros obtenidos y del camino por recorrer; en este sentido tanto la Historia como el porvenir actuarían como imágenes unificadoras y convocantes. La guerra “fundacional” del 48 inauguró una nueva etapa histórica - no menos escabrosa que la anterior - que se mantiene abierta sin haber superado el conflicto y la incertidumbre.

“No cantemos victoria... Para mucha gente, y no solo para nosotros, esto aparenta ser un milagro: una pequeña nación de 700 mil personas parada en contra de seis naciones pudo lograr lo que deseaba... pero nosotros no sabemos todavía si la reciente guerra en la que peleamos el Neguev y que terminó con el triunfo de las Fuerzas de Defensa Israelíes, es la última batalla o no. Mientras no estemos seguros de que hayamos ganado la última batalla, no cantemos victoria!”.(41)

Conclusión

La “Guerra de la Independencia” israelí modificó sustancialmente el status quo de la región. Según el análisis que hemos realizado, consolidó al Estado, fortaleció la cohesión nacional, legitimó el rol del ejército y definió la posición de Israel en el Cercano Oriente y en el mundo.

Guerra cargada de valores pragmáticos y simbólicos, representó un hito en la Historia Contemporánea que marcó un antes y un después en el ámbito de las relaciones internacionales.

Sin embargo trajo nuevos y severos problemas: profundizó el distanciamiento de Israel con el mundo árabe, generó el problema de los refugiados palestinos y, a pesar de asegurar la posición israelí, no contribuyó a solucionar los enfrentamientos.

A través de ella Israel aseguró su supervivencia y su continuidad histórica pero, simultáneamente -y siguiendo a Shimon Peres- la contienda rigidizó la convivencia regional, instaló una “percepción del contraataque” que quedó impresa en la conciencia nacional y que parece difícil de cambiar y oficializó un modelo de relación con el mundo árabe que actualmente parece inadecuado y que bloquea las posibilidades de desarrollo general para ambos pueblos.

En la actualidad, las interrupciones del proceso de paz han profundizado los desentendimientos. Las diferencias ideológicas en el seno de la nación -y que no incidieron significativamente en el 48- han determinado, en algunos casos, la elección de itinerarios riesgosos y han polarizado a la opinión pública internacional con respecto a las conductas israelíes y a sus opciones políticas y estratégicas.

Probablemente haya llegado el momento de establecer modificaciones a la “actitud de supervivencia” para incursionar en caminos de entendimiento. Como sostiene Shimon Peres:

“Nos vimos obligados a entrar en esa guerra (del 48) para salvar nuestras vidas. Pero no sólo la guerra cobró su precio. La victoria no hizo sino abrir la caja de Pandora....La situación actual ya no tiene sentido ni para Israel ni para los palestinos...pero no nos moveremos del único lugar sobre la tierra donde podemos renovar nuestra independencia, alcanzar seguridad y vivir con honor. La guerra ya no solucionará ningún problema, la solución es la paz....Debemos buscar una solución creativa, basada en la comprensión que sea efectiva para ambos. Apelo a la inteligencia y la voluntad de los líderes y los pueblos para ello; estoy convencido: no hay otro camino”.(42)

Notas

1. Cf. Martínez Carreras, José. El mundo árabe e Israel. Istmo, Madrid, 1971. Pp 98. Aquí el autor sostiene que a partir de 1945 se inicia una nueva fase en la Historia del Cercano Oriente.
2. Johnson, Paul. La historia de los judíos. Javier Vergara, Buenos Aires, 1991. Pp 521
3. Malamat, A. y otros. Historia del pueblo judío. Vol. 3 Alianza, Madrid, 1988. Pp. 1235
4. Primor, Abraham. “La realización incompleta del sueño sionista”. En: Política Exterior Enero-Febrero 1998. N° 61 Estudios Políticos. Madrid. Pp. 98
5. Martínez Carreras, José. Op. Cit. Pp. 99
6. Malamat, A. y otros. Op. Cit. Pp. 1245
7. Cf. Gibelli, Nicolás. Las luchas de post-guerra. Vol. II Códex, Buenos Aires, 1968. Pp. I-228-230
8. Gibelli, Nicolás, op cit. Pp. I-229.
9. Johnson, Paul. Op. Cit. Pp. 523.
10. En 1944 el Irgún anunció una rebelión contra “el conquistador británico” y lanzó una campaña terrorista. En la misma época se creó el Lejí, (otra organización clandestina nacida del Irgún con el nombre de Luchadores por la libertad de Israel). Cf. Johnson, Paul. Op. Cit. Pp. 522.
11. Cf. Johnson Paul. Op. Cit. Pp 524-525.
12. Johnson Paul. Op. Cit. 529.

13. Malamat, A y otros. Op. Cit. Pp. 1254.
14. Gibelli, Nicolás. Op. Cit. Pp I-235.
15. Cf. Kreibohm, Patricia “El Conflicto de Baja Intensidad en el itinerario de la transformación bélica contemporánea”. En: Esquemas de un mundo en cambio. Programa de Investigación CIUNT “La Argentina ante transformaciones del mundo contemporáneo desde una perspectiva de Ciencias Humanas”. Facultad de Filosofía y Letras. UNT. Tucumán, 1998. Pp. 67-88.
16. Cf. Martínez carreras, José. Op. Cit. Pp. 103. Aquí el autor señala la existencia de un Comité militar con sede en Damasco que creó un ejército de voluntarios árabes palestinos para organizar la lucha contra los judíos.
17. Dayan, Moshe. Story of my life. Da Capo Press, New York, 1992 Pp. 87.
18. Cf. Gibelli, Nicolás. Op. Cit. Pp. 236-239.
19. Dayan, Moshe. Op. cit. Pp. 89.
20. Cf. Dayan Moshe Op. cit. Pp. 124-131.
21. La mayoría de los autores coincide en este punto. Cf. Martínez Carreras, José. Op. Cit. Pp. 107.
22. Informe para el gobernador del Primer Ministro y Ministro de Guerra Ben Gurión. 17 de junio de 1948. Israel Foreing Relations. Meron Medzini. Ministry for Foreing Affairs. Jerusalem. Internet.
23. Martínez Carreras, José. Op. Cit. Pp. 116.
24. Johnson Paul. Op. Cit. Pp 534.
25. Gibelli, Ncolás. Op. Cit. Pp. I-283.
26. Cf. Martínez Carreras.op.cit.pp. 124.
27. J. Herzog. Citado por Martínez Carreras, José. Op. Cit. Pp 114.
28. Cf. Von Clausewitz, Karl. De la guerra. Labor, Buenos Aires, 1994. Pp 187-192.
29. Cf. Sohr, Raúl Para entender la guerra. Alianza Editorial Mexicana, México. 1990. Pp. 10-14
30. Gibelli, Nicolás. Op. Cit. Pp. I-219.
31. Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 534-535.
32. Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 587
33. Primor, Abraham. Art. Cit. Pp. 97
34. En un mensaje al Gabinete, Ben Gurión sostiene claramente en junio del 48: “Así como no habrá dos Estados, no habrá dos ejércitos”. Citado por Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 544
35. Primor, Abraham. Art. Cit. Pp. 92
36. Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 544
37. Maliandi, Ricardo. Artículo inédito.
38. Cf. Maliandi, Ricardo ya citado.
39. Según Paul Johnson, los judíos recibieron ofrecimientos concretos para crear el Estado en Uganda, Madagascar o la Argentina. Cf. Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 563.
40. Cf Johnson Paul. Op. Cit. Pp. 558-562
41. Declaración del Primer Ministro Ben Gurión 12 de enero de 1949. Internet.
42. Peres, Shimon. Oriente Medio, año cero. Grijalbo, Barcelona, 1993. Pp. 176